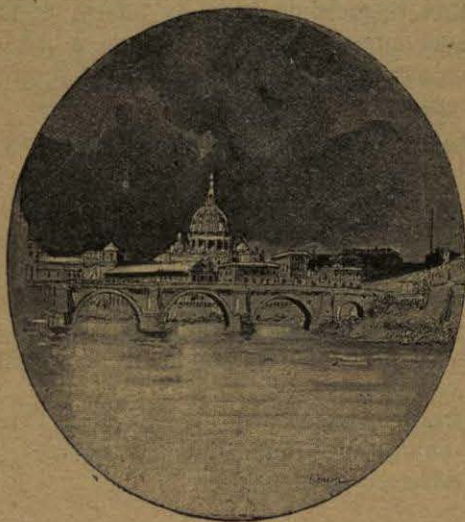


Y después de una nueva meditación, con el rostro más contraído aún, arrojó las cartas en el cajón, que cerró, y media hora más tarde ordenaba á un mozo que llevase una carta dirigida al inspector de policía del barrio, en la que le avisaba del duelo concertado para el siguiente día, así como de los nombres de los dos adversarios y de los cuatro testigos. Si no hubiera sido por temor á su hermano, hubiera firmado la carta sin vacilar.

—He debido comenzar por aquí — se dijo. — En cuanto á mi marido, ¡si yo le contase lo que pasa! No, no le pediré nada. Le odio demasiado. Y concluyó con una risa feroz, que descubrió sus dientes. —Es igual. Preciso será que Maud Gorka trabaje conmigo á pesar suyo. Siempre habrá una persona á quien no perdonará. A la Steno.

Y, no obstante su atroz inquietud, aquella alma cruel temblaba de alegría á la idea de su obra.



## VIII

### Sobre el terreno.

Cuando Maud Gorka salió del hotel de la calle de Leopardi, marchó primero en línea recta, rápidamente, ciega, sin oír nada, como un animal herido por una bala en su cama, que baja á lo largo de los jarales para huir del peligro, para huir de su herida, para huir de sí mismo. Ciertas sorpresas del dolor moral son parecidas en su efecto inmediato á las del dolor animal. En uno y en otro caso existe el sobresalto de la vida herida en lo más profundo y que tiembla con un espasmo casi frenético. Eran poco más de las tres y media cuando la desdichada mujer huyó del estudio, incapaz de soportar la presencia de Lydia Maitland, de aquella



sinistra obrera de la venganza que acababa de revelar la tan cruelmente, con pruebas irrecusables, la larga, la atroz, la infame, la inexpiable traición. Eran cerca de las seis cuando tuvo conciencia de sí misma. Una sensación vulgarísima despertóla de aquel sonambulismo del sufrimiento, en el que estaba desde dos horas antes. La tormenta que había amenazado desde el medio día estalló al fin. Maud, que apenas había notado las primeras gotas se vió precisada á buscar un abrigo cuando las nubes arrojaron una verdadera tromba, y fué á refugiarse en el extremo derecho de la columnata de San Pedro. ¿Cómo había llegado hasta allí? Ella no lo sabía con precisión. Recordaba de una manera vaga que había errado por callejuelas, atravesado el Tiber, sin duda por el puente de Garibaldi; recorrido un vasto jardín, sin duda el Janículo, y después, que había caminado junto á las murallas... Había debido salir de la ciudad por la puerta de San Pancracio y seguir hasta la de Cavallegieri la línea sinuosa de los hermosos muros Urbanos. Aquel rincón de Roma, desde el que se divisaban por una parte los parasoles de la villa Pamphilj, y de otra los últimos del Vaticano, sirve de paseo habitual, durante el invierno, á algunos Cardenales que van en busca del sol de la tarde, seguros de encontrar poca gente. En el mes de Mayo aquello es un desierto abrasado por el sol, que roe los ladrillos, chamuscados ya por dos siglos de aquella implacable luz, y acaricia las escamas de los lagartos verdes ó grises, dispuestos á correr entre las abejas del blasón del Papa Urbano VIII, de la familia Barberini. El instinto de la señora Gorka la había al menos llevado á un sitio donde no había de encontrar á nadie. Ahora volvía á ella el senti-

miento de la realidad. Reconocía los objetos que la rodeaban, el cuadro tan familiar á su devoción de católica ferviente: la vasta plaza, el obelisco de Sixto V en el centro; las fuentes, el pórtico circular coronado de estatuas de obispos y de mártires; el palacio del Vaticano en un ángulo, y allá abajo la fachada de la gran catedral papal, con el Salvador y los Apóstoles en pie sobre el augusto frontispicio. En cualquiera otra ocasión la piadosa mujer hubiera visto en la casualidad que la había llevado á aquel sitio una influencia de lo alto, una invitación á entrar en la iglesia para pedir en ella fuerzas en el dolor al Dios que ha dicho: "El que quiera seguirme, renuncie á sí mismo, tome su cruz y sígame..." Pero estaba en la crisis primera del dolor agudo de la desgracia, momento en que es imposible rezar por efecto de la rebelión de nuestra naturaleza. No vemos primero más que la injusticia de la suerte; estremécese nuestro ser hasta el fondo; nuestra alma se rebela contra el golpe que la hiere. Y esta rebelión era más invencible y fogosa en Maud por lo repentino del mortífero golpe recibido. De ordinario la prueba de la traición de su marido llega á una mujer honrada de un modo paulatino: viene precedida de la sospecha. El infiel descuida su hogar; sus costumbres cambian; infinitos detalles despiertan en la esposa ultrajada la idea de un rival, que los celos femeninos olfatean con más sagacidad que un perro olfatea al extraño que ha entrado en su casa. En fin, aunque en el paso de la duda á la certeza hay un destrozo de todo el corazón, al menos éste está preparado, y Maud no había experimentado esta preparación, esta adaptación, por decirlo así, de un alma á la horrible verdad. El cuidado que la Condesa Steno tuvo en



unirla con Alba había suprimido estos pequeños indicios. Boleslas no había tenido necesidad de cambiar su vida de familia para ver á su querida en una intimidad provocada por su mujer misma. Así es que esta última fué engañada de un modo total, absoluto, asistiendo al adulterio de su marido con una de esas ilusiones tan completas que parecen inverosímiles á los extraños y á los indiferentes. No se dan éstos cuenta de la insensible costumbre que las producen. El despertar de estas ilusiones es el más terrible. Tal hombre, que toda la sociedad creía un marido complaciente; tal mujer que pasaba por una esposa indulgente, cometen de repente una muerte ó un suicidio con el mayor asombro del mundo, que hasta entonces duda reconocer en este acceso de locura la prueba del rayo más terrible, instantáneo en estas consecuencias, que el del amor: la súbita desilusión. Cuando el desastre interior no se trasluce fuera por actos de esta violencia, viene á ser la irreparable destrucción de nuestra última juventud del alma, la idea de que todo nos puede hacer traición, puesto que hemos sido engañados de tal forma. Esta imposibilidad para esperar y para creer por muchos años, por toda la vida á veces, es lo que hacía que Maud Gorka quedase allí, en el fin de aquella tarde, apoyada en un pedestal de columna, mirando caer la lluvia en vez de subir á la Basílica universal, donde los confesores de todas las lenguas ofrecen el perdón á todos los pecadores y remedio á todos los dolores. Arrodillarse es estar ya algo consolado, y la pobre mujer estaba aún en la primera estación del calvario.

Miraba caer la lluvia y encontraba un salvaje consuelo en aquella formidable catarata que pare-

cía un cataclismo de la Naturaleza. Los relámpagos iluminaban la atmósfera, y el ruido de los truenos mezclábase al latigazo del agua, impulsada por el viento. Las imágenes empezaron á ordenarse de nuevo en su espíritu, después del ciego torbellino del sufrimiento que había experimentado desde la primera mirada que arrojó sobre la carta denunciadora. Cada palabra de ésta estaba allí, ante sus ojos, quemándolos hasta hacerlos cerrar de dolor. Los dos últimos años de su vida, que eran aquellos durante los que había sostenido relaciones con la Condesa Steno, volvían á su pensamiento iluminados con una claridad que le arrancaba sin cesar estas palabras, que pronunciaba gimiendo:—¿Cómo ha podido él?—Veía de nuevo Venecia y su estancia en esta ciudad, donde Boleslas la había conducido después de la muerte de su hija, á fin de que en aquella atmósfera se calmase la crisis aguda de su pena. ¡Qué buena le había parecido en aquella época la señora Steno, y qué delicadeza demostró comprendiéndola y consolándola! Sus relaciones superficiales de Roma habíanse transformado poco á poco en amistad. Allí, sin duda, tuvo su comienzo la traición. La ladrona de su amor se había introducido bajo el pretexto de aquella compasión, en la que tanto creyó Maud. Viendo á la Condesa tan generosa, supuso calumnias los clamores del mundo acerca de tan caritativa persona. ¡Y en aquel momento le robaba á Boleslas! Recordó mil detalles no comprendidos hasta entonces: los paseos de los dos amantes en góndola, que no había ni soñado reprimir; una visita que Boleslas había hecho á Pieve y de donde no había vuelto hasta la mañana siguiente, pretextando haber llegado tarde al tren; los apartes en el balcón del palacio Steno por la



noche mientras ella hablaba con Alba. Sí; era en Venecia donde el adulterio había comenzado ante ella, que nada advirtió; en Venecia, y mientras Maud sentía el corazón lleno de amargura por la pérdida de su ángel.—¡Ah!... ¿Cómo ha podido?—gemía de nuevo, y las imágenes se multiplicaban. En su inteligencia se abrían, por decirlo así, todas las ventanas que la perfidia de Gorka y de la Condesa habían tapiado tan cuidadosamente. Volvía á ver los meses que siguieron á su regreso á Roma y sus costumbres, tan cómodas para los dos cómplices. ¡Cuántas veces se había encargado de llevar á paseo á Alba, desembarazando así á la madre de la única vigilancia que podía molestarla, y á su marido de su propia presencia! ¿Qué hacían los amantes en aquellas horas? ¿Cuántas veces al regresar al palacio Doria había encontrado á Catalina Steno en la biblioteca, sentada en un diván junto á Boleslas, sin sospechar que aquella mujer había ido, durante su ausencia, para abrazar á aquel hombre, para hablarle de amor, para entregarse á él, sin duda, con el atractivo de la infamia y del peligro! Volvía á recordar el episodio de su encuentro en Bayreuth el último verano, cuando ella había marchado á Inglaterra con su hijo, y su marido se encargó de conducir de Roma á Baviera á Alba y á la Condesa. Se habían citado todos en Nuremberg. El departamento del hotel donde se habían encontrado se presentó á la memoria de Maud, y la alcoba de la señora Steno contigua á la de Boleslas. La visión de sus caricias, prolongadas en la libertad de la noche, mientras que la inocente Alba dormía al lado y ella iba en un vagón con Luc, le arrancó de nuevo su grito:—¡Ah! ¿Cómo ha podido?—En seguida la imagen de un tren rápido despertó en ella el recuerdo

del reciente regreso de su marido, y le vió atravesando Europa por la denuncia anónima, para llegar veinticuatro horas más pronto junto á aquella mujer. ¡Qué más pruebas de pasión que aquel frenesí que no le había permitido soportar por más largo tiempo la duda y la ausencia!... Preciso era que amase mucho á su querida, que no le amaba á él, puesto que le engañaba con Maitland. ¡Y... se iba á batir por ella!... Los celos atormentaron en aquel instante su corazón de mujer con un sufrimiento más fuerte todavía que el de su indignación. Ella, la inglesa, alta, robusta, casi viril, por la forma de su cuerpo de miembros poderosos, pero pesados, se comparó mentalmente con aquella italiana de redondo talle, de finos ademanes, de delgadas manos y pies pequeños, con aquella que en cada uno de sus movimientos mostraba un secreto effluvio de voluptuosidad, y cesó de gemir su ¿cómo ha podido? de hacía un momento. Acababa de tener la lúcida intuición del poder de su rival. Esta es la suprema agonía para una mujer honrada que se siente manchada por el solo pensamiento de la embriaguez que su marido ha gustado en brazos más hermosos, más acariciadores que los suyos. Esta fué también la señal de una energía en la voluntad de aquella alma tan atormentada, pero tan activa. Experimentó una repugnancia tan violenta, tan profunda, tan completa por aquella atmósfera de mentira y de lujuria, en la que Boleslas había vivido dos años, que se irguió repentinamente, sintiéndose fuerte é implacable. Desafiando la lluvia, comenzó á marchar en dirección á su casa, con esta resolución tan firme como si la hubiera pensado meses y meses:

—No estaré un día más junto á ese hombre. ¡Mañana partiré para Inglaterra con mi hijo!



¡Cuántas han pronunciado estas mismas palabras en situaciones semejantes, para renegar de ellas en cuanto se han encontrado frente á frente del hombre que las ha engañado y al que aman!

A pesar de su pasión, Maud no era de éstas. Ciertamente que amaba también profundamente al seductor Boleslas, con el que se casó á disgusto de sus padres, á aquel pérfido al que todo se lo había sacrificado, viviendo lejos de su país y de su familia desde hacía muchos años, porque así lo quiso él, no existiendo, no respirando más que para él y para su hijo. Pero había en ella, como lo revelaba su barbilla un poco larga y cuadrada, su nariz corta y la energía de su frente, esa fuerza de inflexibilidad propia de los caracteres leales. El amor debía ser en ella sofocado por la repugnancia, ó al menos,—pues no somos los dueños de nuestros actos—debía considerar como una bajeza el hecho de continuar amando al que despreciaba, y en aquel momento el desprecio era lo que dominaba en su corazón. Tenía en el más alto grado la gran virtud que se encuentra en todo donde hay nobleza íntima, y de la que los ingleses han hecho la base de su educación moral: la religión, el fanatismo de la lealtad. Si había observado en su marido, con dolor, las exageraciones del lenguaje, la falsedad de los sentimientos, una peligrosa libertad de conciencia, sufrió al verlo, pero le perdonó estos defectos con la magnanimidad del amor, atribuyéndolos á una mala educación. Gorka, muy niño habíase encontrado en un drama de familia: su padre y su madre vivían separados sin que ni el uno ni el otro tuviese la dirección exclusiva del niño. Mas, ¿cómo encontrar ahora indulgencia para aquella vergonzosa hipocresía de dos años, para la infamia de aquella traición en el mis-

mo hogar doméstico, para aquella deslealtad continua, pensada, voluntaria, de todos los momentos? Así es que Maud sentía, al través de su desesperación, la especie de tranquilidad que produce la certeza de un inquebrantable y justo partido, cuando llegó al palacio Doria. ¡Qué drama, no obstante, había habido en su corazón desde su partida! Y con una voz casi tan tranquila como de ordinario, preguntó:

—¿Está en casa el señor Conde?

¡Qué emoción experimentó cuando el criado, después de haber respondido afirmativamente, añadió:

—También están la señora y la señorita Steno, que esperan á la señora en el salón.

A la idea de que la mujer que le había robado á su marido estaba allí, la esposa engañada sintió que la sangre se le subía á la cabeza, según la vulgar, pero enérgica expresión del pueblo. Era natural que la madre de Alba fuese á hacerle su acostumbrada visita, y más natural que hubiese ido en tal día, pues probablemente habría llegado á su oído el rumor del duelo señalado para el siguiente. Sin embargo, su presencia en aquel momento despertó en Maud un movimiento de indignación tan apasionado, que su primer impulso fué entrar, arrojar de su casa á la querida de Boleslas, como se arroja á un criado al que se sorprende robando. De repente la imagen de Alba se ofreció á su pensamiento, de aquella dulce y pura Alba, de alma tan blanca como su nombre, y de la que era la amiga más querida. En el tumulto de sus ideas desde la funesta revelación había pensado varias veces en la joven. Pero su pesar había absorbido todas las potencias de su alma, y no había podido sentir viva en ella la amistad por la delicada y linda joven. En el momento



de arrojar á su rival, como era derecho, casi deber suyo, aquel sentimiento se agitó en ella. Una extraña lástima inundó su corazón, y la hizo detenerse en medio del vestíbulo, adornado de estatuas y columnitas, que ya se disponía á atravesar para llegar al salón. Llamó al criado en el momento mismo en que éste iba á poner la mano en el picaporte. La analogía de su situación moral y la de Alba acababa de emocionarla amargamente.

Había sentido en un instante la impresión que Alba sentía al pensar en Fanny; la simpatía por un dolor muy semejante al suyo. Después de lo que sabía no podía estrechar la mano de la señora Steno, ni hablarla más que para arrojarla de su casa.

Y decir ante Alba una sola palabra, hacer un solo gesto que produjera á la joven una decepción de aquella naturaleza sobre su madre, ¡no! ¡Esto sería una implacable, una inicua venganza! Volvióse, pues, para entrar por la puerta que conducía á su habitación, dando orden de que se suplicase á su marido fuese allí. Acababa de imaginar el medio para satisfacer su justa cólera, sin herir el corazón de su siempre querida amiga, que no era responsable de que los dos infames se hubieran cubierto tras su inocencia. Apenas entró en el gabinete que precedía á su alcoba, se sentó ante una mesa, sobre la cual se veía el retrato de la señora Steno en un grupo formado por Boleslas, Alba y ella misma. Sonreía el retrato con soberbia insolencia, que reprodujo en la mujer ultrajada un frenesí de odio, interrumpido, suspendido más bien, algunos instantes por la compasión. Tomó el cuadro y le arrojó al suelo, pisoteando el cristal, y después comenzó á escribir sobre la primera hoja en blanco que sus temblorosos dedos encontraron una de esas cartas

que sólo la pasión se atreve á redactar, y en las que no se retrocede ante ninguna palabra:

*Lo sé todo. Hace dos años que es usted la querida de mi marido. No lo niegue usted. Lo he leído, escrito de su puño y letra. No quiero verla á usted, ni hablarla. No vuelva usted á poner los pies en mi casa. Si no la arrojé de ella hoy, es por su hija. Otra vez no retrocederé ni ante esto.*

Acababa de firmar valientemente cuando el ruido que al abrirse produjo la puerta la hizo volverse. Boleslas estaba ante ella. Su rostro tenía una expresión ambigua, que acabó de exasperar á la desdichada mujer. Había vuelto hacia una hora y supo que Maud había acompañado hasta la calle Leopardi á la señora de Maitland enferma; esperó su regreso con una cruel impaciencia, agitado por la idea de que la hermana de Florent estaba sin duda enferma á causa del duelo del día siguiente, y que en este caso Maud también lo sabía todo. Hay conversaciones, y sobre todo despedidas, que un hombre que va á batirse quiere siempre evitar. Aunque se esforzó por sonreír no tenía duda. La turbación evidente de su mujer no se explicaba por otra causa. ¿Podía él adivinar que había sabido, no únicamente aquel duelo, sino la intriga hoy terminada y que había ignorado durante dos años? Como ella callase, y este silencio le fuera molesto; él quiso tomarle una mano, y besarla, como de ordinario hacía. Ella le respondió con una mirada que él desconocía, y le dijo, tendiéndole la hoja de papel que tenía delante:

—¿Quiere usted leer esta carta antes que la remita á la señora Steno, que espera en el salón con su hija?



Tomó Boleslas la carta. Recorrió aquellas terribles líneas y se puso lívido. Era tal su emoción, que volvió á dar á su mujer el papel sin responder una palabra, sin procurar impedir, como era su deber, aquel insulto dirigido á su antigua querida, á la que aún amaba hasta el punto de arriesgar la vida por ella. Aquel hombre tan valiente y suave á la vez estaba anonadado por una de esas sorpresas que aniquilan todas las potencias del alma, y miraba á Maud meter el papel en un sobre, escribir la dirección, llamar. Oyó que decía al criado:

—Lleve usted esta carta á la Condesa Steno y excúseme usted con esas señoras. Me encuentro mal y no puedo recibir. Si insisten, responda usted que he prohibido en absoluto que entre nadie, ¿entiende usted? En absoluto.

El criado había tomado ya la carta. Había salido del cuarto é iba sin duda á cumplir su encargo, y los esposos estaban todavía allí, frente á frente, sin que ninguno de ellos hubiese roto aquel nuevo y formidable silencio. Comprendían demasiado que el momento era solemne. Nunca, desde el día en que el Cardenal Manning había unido sus destinos, en la vieja capilla de Ardrahan-Castle, se habían encontrado en una crisis tan trágica. En semejantes momentos el fondo de los caracteres queda al descubierto. La animosa y noble Maud no pensaba en medir sus palabras. No pensaba en extremar el ultraje que tenía derecho á lanzar sobre aquel hombre, con el que aquella misma mañana se había mostrado tan confiada, tan abandonada, tan tierna. La bajeza y la crueldad debían ser extrañas, aun en aquel caso, á aquella mujer que no dudaba de la resolución que había tomado. No: lo que esperaba de aquel hombre al que tanto había amado, al que tuvo

en tan alto concepto y que acababa de ver caer tan bajo, era un grito de verdad, una confesión donde encontrase la palpitación de un último resto de honor. Si él callaba no era porque se preparase á negar. El contenido de la carta de Maud no le permitía conservar duda alguna sobre la naturaleza de las pruebas que ella había tenido entre sus manos; que tenía indudablemente. ¿Cómo? El no se hacía esta pregunta, dominado como estaba por un fenómeno donde se revelaba la singular complejidad de su naturaleza. Lo que caracteriza tal vez á los eslavos de la manera más especial, es un prodigioso poder nervioso de instantaneidad, si se permite emplear tan extraña fórmula para un hecho moral, que nos extraña á nosotros los occidentales y latinos. Parece que estos seres de corazón incierto tienen como una facultad de amplificar en ellos, hasta absorber su corazón entero, los estados de emoción pasajeros, y, sin embargo, sinceros. La intensidad de su momentánea excitación hace de ellos comediantes de buena fé, que hablan como si experimentasen ciertos sentimientos de un modo exclusivo, prontos á sentir otros contrarios el día después, con igual ardor, con igual mentira, según dicen injustamente las víctimas de estas naturalezas, tanto más mentirosas, cuanto más vibrantes son. Boleslas sufría verdaderamente al saber que Maud está iniciada en su criminal intriga, y sufría tanto por ella como por él. Bastaba esto para que el tal sufrimiento ocupase durante algunos momentos ó algunas horas el campo entero de su óptica íntima. El iba á mostrar el personaje del marido débil y apasionado que ama á su mujer al mismo tiempo que la engaña. Había un poco de este matiz en su aventura. ¡Pero tan poco! Y, sin embargo, no creía mentir,



no mentía cuando rompió al fin el silencio para decir á aquella á quien durante largo tiempo había engañado.

—Acaba usted de vengarse con dureza, Maud, pero tenía usted derecho. Ignoro quién ha denunciado un hecho culpable, indigno, pero también desgraciado. Sé que tengo en Roma enemigos encarnizados, y seguro estoy que no me han dejado medio alguno de defensa. Ni aunque me lo hubieran dejado me serviría de él. La he mentido á usted mucho y he sufrido por ello.

Detúvose después de estas palabras pronunciadas con una convicción que no era engaño. Había olvidado que diez minutos antes entraba en el cuarto con la voluntad fija de ocultar el duelo y las causas de éste, á aquella mujer, al perdón de la que hubiese sacrificado su vida en aquel momento sin vacilar. Continuó con voz tierna.

—Sea lo que sea lo que se le haya dicho á usted, haya leído lo que haya leído, le juro á usted que no lo sabe todo.

—Sé bastante,—respondió Maud—puesto que sé que ha sido usted el amante de esa mujer, de la madre de mi mejor amiga, á mi lado, ante mis ojos. Si usted ha sufrido, como dice, con esa mentira, no hubiera usted esperado para confesármelo á que tuviera en mis manos la prueba irrecusable de su infamia. Usted ha arrojado la máscara, ó, más bien, yo se la he arrancado á usted. En cuanto á los detalles de esa historia innoble, evítemelos. No es para oírlos para lo que he vuelto á una casa cuyos rincones todos me recuerdan que he creído en usted inocentemente, profundamente, con ceguedad, y que usted me ha engañado, no un día, sino todos los días; que usted me engañaba todavía anteayer,

ayer, esta mañana, hace una hora... Se lo repito á usted. Esto me basta.

—Pero no á mí—exclamó Boleslas.—Sí. Verdad es todo lo que usted me ha dicho, y todo lo merezco. Pero es que usted no ha podido leer en las cartas que le han mostrado, lo que oculto desde esos dos años en el fondo de mi corazón y que debo revelar, y es que al través de estas funestas locuras, yo no he cesado de amarla á usted. ¡Ah, no se aleje usted de mí, no me mire de ese modo! Acabo de sentir una vez más esta horrible tortura que he sentido mientras usted me hablaba. Hay algo en mí que no ha cesado nunca de pertenecer á usted. Esa mujer ha podido ser mi aberración, mi locura, mis sentidos, mi pasión, todos los malos instintos de mi ser. Usted ha sido siempre mi culto, mi ternura, mi religión. Si la he mentido á usted, ha sido porque comprendía demasiado que el día en que supiera usted mi falta, la vería ante mí, desesperada é implacable como se muestra ahora, como no puedo soportar que sea usted. ¡Ah! Júzgueme usted, condéneme, maldígame, pero sepa usted, sienta usted que, á pesar de todo, yo la he amado, yo la amo...

Había hablado de nuevo con una exaltación que no era fingida. Engañado como había sido, comprendía el valor de aquella criatura leal que tenía ante él y que corría el riesgo de perder. Si no la conmovía en aquel momento, la víspera de su duelo, ¿cuándo la conmovería? Así es que se había aproximado á ella con los mismos ademanes de adoración suplicante y apasionada que tuvo en otra época, en los primeros tiempos de su matrimonio, cuando no la había hecho traición y la manifestaba su amor. Sin duda este recuerdo se impuso á Maud, y